



MIGUEL SOTO CLASS
DIRECTOR EJECUTIVO DEL CENTRO
PARA LA NUEVA ECONOMÍA

Turismo

Mientras esperaba mi turno en la barbería, encontré entre una estiba de revistas una de las ediciones recientes de la famosa revista de viajes *Condé Nast Traveler*, que anunciaba en su portada un reportaje sobre las mejores playas del mundo.

Empecé a ojear la revista, ansioso por saber cuáles de las playas de Puerto Rico se encontraban en la lista. Para mí la inclusión de Puerto Rico en tal lista era acostumbrada y de esperarse.

No somos el país más rico ni más grande, pero si de playas se habla, ahí no tenemos nada que envidiarle a nadie.

Para mi sorpresa, no se incluyó a ninguna playa de Puerto Rico. Había de Georgia, Alemania, las Filipinas, Tanzania, Nueva York y hasta del reino de Tonga, pero de Puerto Rico, nada.

En cierta medida no debí sorprenderme pues uno de los hallazgos más inesperados del informe CNE/Brookings que publicamos el año pasado fue que el porcentaje de la fuerza laboral de Puerto Rico que se dedica al sector de alojamientos, comidas y entretenimiento es el más bajo de todos los Estados Unidos. Más bajo que Utah y hasta Dakota del Sur.

Esta condición se debe a varios factores. En una época, por ejemplo, algunos gobiernos de turno no se preocuparon por el sector turístico porque consideraban que sólo generaba empleos de bajos salarios.

Ciertamente no debemos convertir al turismo en la punta de lanza del desarrollo económico de Puerto Rico. No obstante, debemos invertir más en este sector para que aumente su contribución a nuestra economía. Hemos sido bendecidos con una topografía única y costas espectaculares: no debemos despreciar esas virtudes.

Algunos se preocuparán, con mucha razón, por el desarrollo desmedido y la destrucción del medio ambiente causada por el desarrollo turístico. Sin embargo, en muchas ocasiones, un desarrollo turístico apropiado logra conservar

el ambiente más efectivamente que bajo nuestro sistema de lotificación simple, donde la construcción de viviendas individuales está desprovista de planificación y análisis de impactos ambientales.

Más aún, el activo estratégico más importante para el turismo es el ambiente. Por lo tanto, existe un incentivo natural para que se preserven estos activos.

Claro, para que este razonamiento sea aplicable, el que desarrolla debe tener conciencia y ser ilustrado. Ese no siempre es el caso en Puerto Rico. Pero la miopía y la irresponsabilidad no son defectos únicos de algunos desarrolladores. La busconería e irresponsabilidad se puede identificar en todos los renglones de nuestra sociedad. Como lobos disfrazados de ovejas, los oportunistas abundan en el espacio civil, gubernamental y hasta el religioso. No debemos condenar a todo un sector económico por las hazañas de algunas manzanas podridas.

Puerto Rico no podrá contar con un solo sector que guíe la economía como lo fue en su época el café, el azúcar y más tarde las empresas 936.

De ahora en adelante tenemos que tener una estrategia multifacética que incentive y desarrolle un conjunto de sectores como la manufactura, los servicios, la agricultura y el turismo, entre otros.

En el turismo estamos en desventaja con países como Cuba y República Dominicana por sus bajos costos y su extensión territorial.

Pero podemos competir y tener éxito en ciertos espacios como los innovadores programas de ecoturismo del Fideicomiso de Conservación y el desarrollo de una robusta industria de convenciones, por mencionar tan solo dos.

Dicho sea de paso, les recomiendo a los editores de *Condé Nast Traveler* que se den un paseito por las playas de Culebra, Vieques, Isabela y Aguadilla. Creo que su lista está incompleta.

www.grupocne.org